

Fui a ver la exposición de Marisa Rubio con expectativas muy positivas (no hay obra de ella, hasta el momento, que no me haya resultado estimulante, extrañadora, dislocante. Todas las sensaciones que me gusta encontrar en el arte). Llevé a mi perrita Rita, que desde hace poco más de un año me acompaña casi a todos lados.

Al llegar me enteré de que había que anotarse y aguardar en la entrada, porque la muestra era para visitar de a pocas personas por vez. Esperé mi turno tomando una cerveza, que apuré cuando me llamaron: la consigna era ingresar sin bebida.

Una vez adentro de la galería, y con Rita en brazos, no fuera a romper algo, la iluminación tenue marcó un cambio de estado respecto de la entrada. El bien conocido espacio estaba tabicado de modo que lo único visible era un pasillo, al fondo del cual, en una mesita, se ofrecía a lxs espectadorxs pequeñas linternas. Girando a la izquierda, linterna en mano, accedí a dos pequeñas salas.

En una de ellas había una sucesión de escenas dibujadas sobre papeles de tamaño reducido. El techo era más bajo que lo habitual, tuve que agacharme para entrar, ya a oscuras. Los dibujos eran lineales y bastante simples, lo que aumentaba su carácter de escritura jeroglífica. No recuerdo exactamente qué mostraban, sí mi sospecha de que había algún tipo de secuencia narrativa, seguramente no lineal, y que en algún lugar se alojaba un drama. Me dio un poco de miedo. Eran rojos o azules? No estoy segura ahora, pero creo que había personajes con cuchillos, y quizás unos trazos que representaban sangre. Es algo que me sucede más a menudo de lo que quisiera, con libros, películas, canciones y obras de arte que me han impresionado: recuerdo la sensación que me provocaron, pero soy incapaz de describirlas en detalle<sup>1</sup>.

La otra sala estaba ocupada por una figura central: una miríada de bailarinas de color azul metalizado, componiendo una torre móvil sobre un pedestal. No móvil en sentido real, sino figurado: las gráciles siluetas se enlazaban unas a otras como en una danza, y formaban un volumen no rígido o compacto, sino con el aire de un movimiento acuático en elevación, como la espuma de una ola. Alrededor, sobre estantes, rodeando las paredes, una serie de las mismas pequeñas esculturas de bailarinas en distintas posiciones, en lo que parecía ser otro material escolar: papel metalizado<sup>2</sup>. La iluminación provenía íntegramente de mi linterna, cosa que aumentaba lo subjetivo de la percepción:

---

<sup>1</sup> En este caso, además, no conté con el recurso (Qué sabía, Maro, esa consigna!) de atesorar alguna imagen, al costo de empequeñecerla y aplanarla para que entre en un celular. No tomé fotos ni hice video de mi paso por la exposición.

<sup>2</sup> Maro sabe hacer figuras de papel, de allí que diera por descontado que ese fuera el material. Lo cde “otro” viene a cuento de que los dibujos de la primera sala, al menos eso recuerdo, tenían algo de infantil, por lacsíntesis en la representación y lo crudo de las escenas.

Las figuras no sólo proyectaban sombras, sino que aparecían o desaparecían según yo las enfocara. En algún momento sentí inclusive algo de mareo. Había música? Creo que sí. Un sonido de piano, quizás? Creo que sí.

El clima onírico iba aumentando a medida que me internaba, en espiral, en lo que se me presentó como una especie de canal auditivo. Fue la sensación que tuve en ese momento, la de internarme en algún espacio desconocido del interior de mi propio cuerpo. O la de conocer una especie de lado oculto de esa sala tan familiar, como si un filtro permitiera acceder a una capa de realidad normalmente imperceptible. También me acordé de algunas escenas de Being John Malkovich, Mulholland Drive y Rabbits. Pensé en un recorrido que la hipnosis o la ingesta de algún alucinógeno pudiera habilitar, hacia el inconsciente cada vez más profundo.

Finalmente, corrí la cortina pesada que cerraba la puerta última de la sala de las bailarinas, y me encontré en una tercera habitación, bien iluminada y con techo de gran altura, en la que me recibieron dos mujeres iguales, vestidas igual. Eran gemelas, evidentemente. Llevaban guantes blancos. Me señalaron al barman, también con guantes, chaleco y cuello palomita, con la cara cubierta con una máscara blanca al estilo veneciano, y con reminiscencias del fantasma de la Ópera.

Las mujeres se movían en el espacio de la sala que tenía dos estatuillas iguales, de leones chinos, en una pared. El barman, enmascarado y silencioso, detrás de la barra en la que preparaba tres tragos. Yo pedí, creo recordar, el Ocean breeze... pero posiblemente esté inventando, ya expliqué mi desmemoria sobre detalles concretos. Todos los tragos tenían algo de marítimo o pirata en sus nombres.

Mientras bebía, las gemelas me ofrecieron conversación. Recuerdo que estaban de lo más conmovidas por la presencia de Rita. El trago vino en una copa elegante y estaba delicioso. Me tomé mi tiempo para terminarlo. Era bastante fuerte, y además no quería irme de ese lugar, que sentía como el reino de lo imaginario, el último escalón de esa escalada hacia la fantasía, donde todo desdoblamiento y transformación era posible.

Marcela Sinclair